

Bienal de Sao Paulo Vista por H. Herrera

Reafirmación de sus convicciones artísticas, de lo que sabe; comprobación que va por buen camino, que sus realizaciones son tan importantes como las de los artistas-artesanos de cualquier parte del mundo. Al mismo tiempo, una gama de experiencias enriquecedoras, es en apretado resumen la experiencia de Héctor Herrera al regresar de Sao Paulo, luego de visitar la XIII Bienal de Arte Contemporáneo, donde sus tapices representan a la artesanía chilena.

—Pude comprobar que lo mío es original, que honestamente estoy bien, como igualmente son originales y están bien los demás artistas-artesanos que allí se presentaron.

Cuesta romper el cerco de discreción, modestia auténtica y serena seguridad por lo que realiza, que rodea a Herrera. La comparación se torna inevitable y, según él, en lo que respecta a la artesanía textil—su campo—lo nuestro no desmerece en absoluto a lo presentado por otros pueblos de tradiciones más antiguas y tecnologías más avanzadas.

Aquello de que a menudo los extremos terminan por encontrarse, se hizo real en esta Bienal. Al lado del arte-video presentado por los norteamericanos; el impacto producido por las sombras proyectadas por los equipos del español José Luis Verdes. Junto a todas esas abstracciones que causaban



HECTOR HERRERA

sensación, el Gran Premio de Honor lo obtuvo una bella obra de tapicería, si bien de características muy especiales: formas gigantescas, de 8 ó 10 metros de altura, realizadas en yute, lino, sogá marina; en una especie de tejido tosquisimo, con "hebras"—así entre comillas—de casi una pulgada de grosor, con "bordados" en sobrerrelieves. Algo intermedio entre la artesanía, la tapicería y la escultura. Hermoso y evocador, muy singular. Su autora: la yugoslava Jagoda Buic, de Zagreb.

La apreciación de lo artesanal—prosigue Herrera—se pudo comprobar en el galardón

otorgado al conjunto ganador del Brasil: En un espacio de 50 por 50 metros aproximadamente, verdaderas esculturas realizadas con varillas, troncos retorcidos naturales, especie de lianas, evocando figuras de animales y vegetación, con música y danzas bahianas. El resultado es plásticamente muy hermoso y lleno de creatividad.

Para Herrera ambos ejemplos son prueba de la importancia que se le está dando a la artesanía artística. Volviendo a Chile, nos manifiesta que existe un movimiento fuerte, que interesa a los jóvenes y que hay que desarrollarlo.

"Por esto valoro la oportunidad que me diera el Departamento Cultural de la Secretaría General de Gobierno de poder asistir a la Bienal. Es indispensable conocer qué hacen, qué crean y cómo crean otros artistas".

Aparte, pero no menos importante—termina diciendo—es el cuidado y dedicación en presentar cada obra, cada exposición que se realiza. La sala chilena en esta Bienal, premiados o no sus expositores, se distingue por su esmerada presentación.

Ubicada en el tercer piso de la rampa continua de ese enorme edificio en forma de caracol, fondos negros y piso blanco, excelente iluminación destacan nitidamente las telas de Rodolfo Opazo; y al centro, en paneles, los siete tapices pintados.